

Efectos de Edipo en la migración africana en Europa: Condición de desamparo, adopción y retorno perturbador de la raza



SIMONA TALIANI¹

Lo que [Baby Suggs] llamaba lo grosero de la vida era el choque que recibió cuando se enteró que nadie dejaba de jugar a las damas solo porque entre las piezas estuviesen incluidos sus hijos.

Toni Morrison, *Beloved*, 1993

ESTAR EN ABANDONO EN LA MIGRACIÓN

Mis investigaciones ponen en tela de juicio los sistemas de adopción de los niños nacidos de padres africanos que han inmigrado en Italia. Comienzo esta breve presentación de mi trabajo clínico y etnográfico, conducido desde hace más de diez años con madres nigerianas², dando una breve explicación sobre el título propuesto. Alguno habrá reconocido en la expresión *efecto de Edipo* el modo original con el que Pierre Bourdieu (1999)

- 1 Psicóloga. Dra. en Antropología. Universidad de Turín. italiasimona.taliani@unito.it
- 2 A través de intercambios de larga duración he visto regularmente alrededor de cincuenta madres nigerianas: las he escuchado en sus encuentros en presencia de los asistentes sociales; las he visto interactuar con sus hijos en los espacios asignados para la observación de la relación madre-niño (que en Italia llaman «lugares neutrales»); he estado con ellas frente a los juicios del tribunal y también durante los coloquios clínicos, algunos de los cuales fueron conducidos por mí como psicoterapeuta a quien se dirigían (en el Centro Frantz Fanon de Turín, un servicio para la psicoterapia y el apoyo psiquiátrico a los inmigrantes, los refugiados y las víctimas de tortura); finalmente he leído sus *dossiers*, compuestos por una serie infinita de documentos (sociales, médicos, psicológicos) y me he reunido con los operadores que tenían el menor a cargo en el curso de los encuentros periódicos de la red.

retoma el neologismo popperiano.³ En *La miseria del mundo*, Bourdieu utilizaba como sinónimos las expresiones *efecto de Edipo* y *efecto de destino*, refiriendo con ambas metáforas a una forma precisa de «violencia inerte del orden de las cosas»: una violencia inscripta en los mecanismos implacables de las instituciones del Estado frente a individuos que pertenecen a un grupo estigmatizado específico.

El prejuicio racista o los juicios clasificatorios, a menudo estigmatizantes con el personal de encuadramiento escolar, social o político que, a través del *efecto de destino* que ejercen, contribuyen mucho a producir los destinos enunciados y anunciados. ¿Son buenos? ¿Son malos? La pregunta y la respuesta moralizante que exige tienen muy poco sentido. (Bourdieu, 1999, p. 68)

Bourdieu pensaba la escuela como un lugar de producción de profecías que se autorrealizaban, excluyendo a los hijos de los inmigrantes de los éxitos escolares y marcando así su destino de marginados. Yo pensaré aquí en los tribunales para menores y en los servicios sociosanitarios italianos frente a la evaluación de la capacidad parental de las madres africanas inmigradas en Italia, y el *destino* muchas veces *predestinado* de sus hijos, dados en adopción a familias italianas. La pregunta que los operadores sociosanitarios se plantean (¿son suficientemente buenas estas madres?) encuentra en la mayor parte de los casos una respuesta moralizante negativa. Lo que *ganan* inmediatamente los niños a través del acto jurídico de la adopción es devenir italianos (y gozar, por tanto, de un derecho pleno de ciudadanía negado a sus madres, por su parte, abandonadas al destino de la irregularidad jurídica y de la clandestinidad social).

El escenario que presentaré —lo veremos más adelante— no tiene mucho que ver con el nacimiento en el abandono griego y hebreo (como con

3 En *La miseria del historicismo*, Popper bautiza como efecto de Edipo la idea de que una predicción influye sobre el acontecimiento pronosticado: «La idea de que una predicción puede influir sobre el suceso predicho es muy antigua. Edipo, en la leyenda, mata a su padre, a quien nunca había visto, y este era el resultado directo de la profecía que hizo que su padre le abandonase. Esta es la razón que me hace sugerir el nombre de «Efecto de Edipo» para la influencia de la predicción sobre el suceso predicho (o, más generalmente, para la influencia de una información sobre la situación a la que la información se refiere), sea esta influencia en el sentido de hacer que ocurra el suceso previsto, sea en el sentido de impedirlo».

Edipo y Moisés), pero tiene ciertamente mucho en común con el entendimiento originario de la ley de la vida, allí donde vida y derecho se mezclan. El trasfondo migratorio que aquí presento no constituye una excepción a la historia. El tráfico atlántico ya había producido una pérdida genealógica que hacía del esclavo negro un «sin-parientes» por ley. Lo sostiene Achille Mbembe en *Crítica de la razón negra* (2016). Una singular asociación viene en mente mientras se lo lee, como si una privación de derechos civiles y políticos privara en esencia y antes que nada de una descendencia.⁴ En la migración, descubrir que tanto un permiso de residencia como un hijo o una hija son «revocables» hace precipitar en la experiencia materna la conciencia de que sea posible, sin demasiado esfuerzo, romper una familia negra en dos (Williams, 1997).

Procederé a pequeños pasos, conciente de que deberé detenerme a detallar mi investigación, pero con la esperanza de no faltar a lo esencial. Después de un breve análisis del sistema social y jurídico de la adopción, presentaré la historia migratoria de las mujeres nigerianas para transmitir de qué forma se encuentra, en la migración, el deseo de ser madre. Describiré luego cómo se introduce, lenta pero inexorablemente, una distancia entre estas madres y sus hijos, dados en adopción. Finalmente, intentaré analizar lo que sucede *después (après-coup)*, a partir del mito que habla de *niños perdidos que retornan* (el Edipo griego, notoriamente).

A partir de una búsqueda simultánea de archivo,⁵ etnográfica y clínica, me formulo ahora algunas preguntas, y espero que el compartirlas pueda

4 Mbembe (2016) habla exactamente de «sin-parientes» (*kinlessness*): «Así, para los negros confrontados a la realidad de la esclavitud, esta pérdida es en primer lugar de tipo genealógico. En el Nuevo Mundo, el esclavo negro esta jurídicamente privado de todo parentesco. Es, por esto mismo, un “sin-parientes”. La condición de “sin-parientes” (*kinlessness*) es impuesta por la ley y por la fuerza. Por otra parte, esta evicción del orden del parentesco legal es una condición heredada. Nacimiento y descendencia no dan derecho a ninguna relación de pertenencia social en sí misma» (p. 59).

5 La búsqueda de archivo a la que se hace referencia es aquella conducida sobre los registros médicos del Centro Frantz Fanon. Las mujeres nigerianas aquí seguidas en el curso de la psicoterapia (que inician a menudo durante el proceso de separación de sus hijos y continúan luego de que han sido declarados adoptables) llevan frecuentemente a los operadores del Centro Fanon los reportes que otros operadores escriben sobre ellas y que son depositados en el Tribunal, además de las medidas y las sentencias del propio juez. Cada vez que se indicara, entonces, *archivo*, se refiere a documentos escritos por psicólogos, médicos, jueces, conservados en el Centro Fanon.

llevarnos a comprender qué sucede en estas familias *cortadas* en la migración. ¿A qué precio estas mujeres africanas inmigrantes logran evitar la fuerza física de la normalización del Estado? ¿Cómo debilitar la presión que se ha hecho interior? ¿Queda algo de inviolable de uno mismo, de la propia historia, de los propios hijos, de los propios sueños, de los propios mitos y de los propios deseos cuando el Estado llega a tomar todo lo que de verdad importaba?

EL ESTADO DE ABANDONO MORAL

Empezaré por la noción jurídica de abandono para evidenciar de inmediato el vínculo profundo entre la ley del mejor interés para el menor y la condición de abandono que le es intrínseca.

En Italia la adopción prevé una rescisión definitiva, neta, de la filiación: exactamente como en la mayor parte de los casos de adopción internacional —aun siendo la que describiré una práctica de adopción nacional en la que el menor, hijo de inmigrantes, adquiere la ciudadanía italiana en el mismo acto en el que viene emitida la medida—, el principio regulador del proceso entero está basado en la teoría del *clean break* (una ruptura limpia, total con el pasado y con la familia de nacimiento) y en la declaración de un estado de abandono material o moral del menor.

En los casos de los que me he ocupado en estos largos años, ninguna de las madres nigerianas ha abandonado los hijos propios declarando no querer (o no poder) ocuparse ni ninguna ha golpeado, abusado o sido negligente frente a uno de sus hijos o de sus hijas; pero para todas ellas ha sido abierto por parte del Tribunal de Menores el proceso del menor a declarar adoptable por razones dictadas según la consideración de las instituciones como un estado de abandono moral (esto es, un estado, por un lado, de soledad material y espiritual de un menor a merced de sí mismo, necesitado de socorro y asistencia, y, por otro lado, de irrecuperabilidad probada de las capacidades parentales de la madre o del padre «en un tiempo razonable»).

Decía que ninguna de las mujeres vistas ha abandonado al hijo propio ni ha ejercido una acción violenta (de negligencia, abuso o maltrato: las tres condiciones por las cuales en Italia el menor sería considerado en riesgo), pero ha sido evaluada como negligente, no idónea, peligrosa o dañina

para el crecimiento del propio niño; por esto, las instituciones estatales han declarado el estado de abandono moral. ¿Qué sucede, entonces, para llegar a esta evaluación negativa de la madre?

Una madre nigeriana inmigrante es muy a menudo una mujer sola, explotada, vulnerable. Su solicitud de ayuda a los servicios socioasistenciales coincide en numerosos casos con el descubrimiento de un estado de embarazo y con la decisión de continuar con el mismo. La mujer, insertada en una comunidad mamá-niño por parte de los operadores sociales de los servicios asistenciales, comienza así a ser observada en su cotidianidad. Cada uno de sus comportamientos maternos es desentrañado e interpretado: cuántas veces el niño es amamantado; cuántas veces la madre le hace las trenzas a la niña, que llora; cuánto tiempo un neonato es tenido en brazos; cuánto se lo cubre mientras duerme (¿suda, respira, transpira?); cuánto duerme, cuándo duerme, cómo duerme. Prácticas de destete, primeras formas de deambulación, gustos olfativos y alimentarios, balbuceos y vocalizaciones, aprendizaje rudimentario de la lengua materna y de las otras lenguas que los niños, sobre todo si son extranjeros, sienten alrededor de ellos, en la escuela, en la comunidad o en la familia italiana donde pasan la mayor parte de su tiempo si son dados en cuidado diurno,⁶ y aun más. Si los niños son más grandes, se observa si se los ayuda con los deberes, si se les pregunta cómo están, si se les da la merienda en un horario apropiado... Cada detalle del cotidiano materno (y paterno, en los casos en los que el padre está presente) se vuelve objeto de un discurso científico que produce un destino familiar preciso. Es muy frecuente que el resultado de la larga observación lleve a evaluaciones negativas de la capacidad de la madre que amamanta demasiado (cada vez que el pequeño llora), cubre con demasiadas mantas al neonato (¿no ve que suda?), desteta demasiado pronto con comida inadecuada (como arroz con salsa picante), no juega lo suficiente o no ayuda con los deberes... La madre no cambia «en un tiempo razonable» su estilo educativo, no colabora con lo que los operadores sugieren (léase: obligan hacer).

6 Todos estos son instrumentos de apoyo a los padres en Italia que aquí muy rápidamente se transforman de recursos en trampas.

Ocurre entonces la primera separación: la madre y sus hijos son insertados en diferentes estructuras. Para ser mejor tutelado, el menor es movido, sin que lo sepa su madre, a otra comunidad o familia en custodia. La mujer, una vez alejada de la comunidad de hospitalidad en la que ha vivido con el niño, deberá seguir la agenda de los encuentros que son organizados en presencia de educadores y psicólogos encargados de realizar nuevas observaciones de la relación en horarios y lugares establecidos por los servicios del territorio y aprobados por el juez (el derecho es únicamente de una hora a la semana de visita). Asimismo, en este contexto, si no se encuentran cambios de comportamiento «en un tiempo razonable», la evaluación será negativa. Si el juez considera tener necesidad de un experto sobre las partes en causa, encarga a un perito —casi siempre un profesional con formación médico-psiquiátrica o psicológica y psicoterapéutica—, que inicia el proceso de evaluación para responder a las demandas del juez, cuya gramática es ejemplificable así:

Diga el consultor, examinados los actos del fascículo, efectuados los coloquios considerados indispensables para la respuesta a la pregunta, observada asimismo la relación madre/hijo, cuál es la personalidad de la madre teniendo en cuenta sus orígenes culturales y especificando la eventual significancia de estas últimas en la modalidad de expresión de la propia genitorialidad.

La pericia, entre todas las intervenciones de especialistas dirigidas a la tutela del menor, está entre los procedimientos más complejos, desde el momento en que es tarea del consultor encargado y es competente escuchar a todas las partes (padres biológicos, menores, operadores de los servicios públicos, familias de custodia y cada interlocutor potencialmente relevante a los fines de la respuesta a la demanda). La máquina entera es gobernada por un juez extensor del Tribunal de Menores, encargado de escribir la sentencia, previa discusión y acuerdo en la Cámara del Consejo en presencia de otros colegas honorarios y magistrados.

El resultado negativo para un progenitor abre la posibilidad del recurso. El fascículo pasa entonces a la Corte de Apelación, donde nuevos magistrados y jueces deberán pronunciarse. El caso puede —en desacuerdo

general— pasar entre la Corte de Apelación, la Procuraduría de Menores y el Tribunal de Menores por muchos años. Son historias largas aquellas de las que se habla. La última opción para los padres, si se confirma al menor como adoptable, es la Corte Europea para los Derechos del Hombre. Aparece, entonces, en el diálogo con el Estado italiano, un sujeto jurídico europeo que recoloca la cuestión más allá de los confines nacionales. Uno de los casos emblemáticos de los últimos años, de condena al Estado italiano, ha visto como protagonista a un padre nigeriano. En el caso Akinnibusun contra Italia, al hombre, llegado a Italia en una barca desde Libia con la hija de dos años e injustamente detenido por dos años, le había sido imposible reconstruir después de la excarcelación la relación con la hija dada en cuidado familiar y luego declarada en estado de adoptabilidad. La Corte europea condenó a Italia y reconoció al progenitor con una compensación económica por el daño moral sufrido, aunque sin que la sentencia pudiera incidir sobre el dispositivo de adopción en curso.⁷

MIGRACIÓN VIOLENTA Y (EL ÚNICO) AMOR CORDIAL⁸

Decidir partir, para la mayor parte de estas mujeres nigerianas, significa volverse parte de un sistema de explotación de las mujeres por otras mujeres más grandes. Decidir partir ha significado y significa ser *hija* (*obviye*) de una misma *madre* (*iyé onisan*, literalmente «madre de nalgas» o «madre de atrás») y, al mismo tiempo, estar sometida a una entidad invisible: es un espíritu o una divinidad que mantiene atadas sus vidas a través de aquellos objetos-fetiches que son la mismas partes de sus cuerpos (sus *piezas removibles* y *removidas* durante el rito: vello púbico y axilar, sangre menstrual,

7 La Corte Europea para los Derechos del Hombre no puede revertir, en los casos de condena, la medida tomada por las instituciones estatales nacionales. En este caso, entonces, padre e hija fueron separados de forma definitiva: la menor entró en el circuito de las adopciones nacionales, fue asignada a una familia italiana (que la imagina como «abandonada») y criada en el anonimato total respecto a su historia migratoria.

8 Agradezco a Marcelo Viñar por haberme sugerido esta expresión, en una noche fresca de agosto (Montevideo, 2018).

cabello y uñas). No quisiera entretenerme en estos puntos:⁹ espero que sea suficiente saber que para partir de Nigeria se contrae una enorme deuda económica (unos cincuenta a sesenta mil dólares) para con la mujer que ha permitido el viaje y una deuda simbólica frente a un espíritu (dichos débitos son *pagados* por la chica con la actividad de mercantilización del cuerpo: prostitución en la calle, en los clubs, en casa).

Los niños nacen en esta precisa situación migratoria. Muchos más son los que no son traídos al mundo y no pocos son los que sus madres no hubiesen querido ver llegar al mundo. Es el empecinamiento de los pequeños, todavía fetos en el vientre de sus madres, lo que igualmente los hace nacer, no obstante las pastillas ingeridas, los puños en la panza, el alcohol bebido junto con los laxantes.¹⁰ Porque *una cabeza que quiere nacer nace*, recita un proverbio edo (el idioma africano hablado en la parte sudeste de Nigeria). Junto con este *deseo embrional*, está la voluntad de Dios (¿quién otro, de hecho, puede donar un hijo a una mujer?, me preguntan durante una conversación en torno a estos argumentos). El deseo de ser madre de parte de la mujer viene, por tanto, después: es, por así decirlo, secundario respecto a la voluntad de fuerza mayor.

El embarazo testimonia, cuando se confirma, la fuerza física de la joven, a pesar de todo. Es una señal deseada de salud y bienestar del cuerpo, y permite trayectorias regulares: o porque permite formular un pedido de ayuda a algún servicio socioasistencial del territorio que responderá a las madres gracias a la activación de un recurso de hospitalidad o porque llega durante el inicio de las actividades para obtener los documentos. Impulsa la necesidad de reinscribir la propia vida en direcciones alternativas a aquellas de la trata y de la mercantilización de sí misma: un hijo o una hija llegan entonces porque se puede compartir un destino finalmente amoroso, afectuoso, en la soledad de una migración que ha roto las relaciones de confianza y generado tensiones, desacuerdos, temores,

9 Para profundizar, remito a mis dos trabajos precedentes, uno en inglés y otro en francés (Tagliani, 2012, 2016).

10 Muchos de estos abortos son clandestinos y forzados, dado que un embarazo podría impedir que la joven pagara su deuda.

desconfianzas extendidas. Por esta razón, se contraponen en ángulo recto, bajo la motivación de los deseos de rescate y liberación, la maternidad y la feminidad. Ser una mujer respetable y respetada significa ser madre, de modo tal de no ser más identificada como una buena para nada.

Lo dice muy bien Yetunde, una mujer nigeriana a quien el Tribunal le ha quitado dos hijos (que no han tenido siquiera el tiempo de conocerse entre ellos: cuando el hijo fue dado en adopción, la pequeña todavía no había nacido y fue luego separada a tres días del parto, llevada por los servicios sociales cuando madre e hija estaban todavía en el hospital). Durante un diálogo con el médico psiquiatra encargado por el juez como perito para evaluar su personalidad y su capacidad maternal, ella afirma:

Si soy mamá no me muevo sola, no piensan que soy una prostituta; si tengo un niño, soy una mamá. Si no tengo un niño, piensan que soy una prostituta. (Yetunde, Archivo F. I, fascículo jurídico, pericia médico-psiquiátrica, 2009)

A partir del discurso que esta mujer buscaba desarrollar sobre su deseo de ser madre para consolidar una buena identidad de sí misma, el psiquiatra encargado de evaluar su personalidad aseguró que en estas frases emergía de un modo claro un «pensamiento de significado delirante». En la voz de Yetunde —diagnosticada por el médico como afectada por un «trastorno de personalidad borderline y antisocial»— hay algo que, desde mi punto de vista, hace, por el contrario, explotar, delirar nuestras categorías: emergen fragmentos de una vida cotidiana en la que el cuerpo de una madre inmigrante africana es la «presa» y en el cual son los hijos quienes dan una identidad a la madre que los ha traído al mundo. No es casual que apenas nacen los hijos, cae en desuso aun en la migración el nombre propio de la mujer y deviene de ahora en adelante «la madre de». Devienen todas *iye omo*, la madre de un niño. También yo me acostumbro a llamarlas de esa manera, dado que en *su mundo* son los hijos quienes generan a las madres.

Mantener a los niños en su vida es entonces, tanto en el plano individual como social, una elección contraria a la aceptación de las reglas de la trata y de la explotación sexual: ser solamente mujer. Elegir continuar con

el embarazo significa de por sí ya una relación de contraste, de verdadero y real conflicto con la propia *madre de atrás* para volverse *madre de alguien*. Es un acto de insubordinación social, un contrapunto existencial. Estos niños vienen, por tanto, investidos de una urgencia subjetiva no derogable y representan para estas mujeres capitales sociales y simbólicos peculiares. *Tener* un niño ha significado *ser* mamá: es una experiencia en la cual se declina la existencia, irrevocablemente, el único predicado posible del ser.

La maternidad —como institución amorosa y femenina— revela aquí un aspecto vergonzante, dado que es complejo de decir: es una maternidad que se da ya atravesada por una idea de posesión que no es oportuno revelar por completo en la sociedad occidental, incluso frente a psicólogos y psiquiatras, siempre prontos a remover la ambivalencia con diagnósticos que son un bisturí cortante.

Me pregunto: ¿es posible pensar las condiciones de maternidad en las cuales son los niños los que protegen, socorren, sostienen y salvaguardan a sus madres, sin que esto venga inmediatamente descrito en el registro patológico?

Durante una conversación, mantenida algunos años después del alejamiento de su segundo hijo, Yetunde me dice:

Ninguna persona puede ir a golpear a una mujer con un niño en brazos. Por esto he pensado que yo podría estar más protegida; si te ven con un niño en brazos, no te lastiman. (Yetunde, entrevista, Turín, 11 de mayo de 2015)

Yetunde estaba recordando conmigo un día particular. Podríamos decir que recordaba el momento del peligro, cuando los bomberos y la policía golpearon y luego tiraron la puerta de su casa. Una pérdida de agua que había alarmado a los vecinos y el miedo de la mujer al abrir —frente a las voces masculinas y con el hijo que todavía dormía en su cuna— había producido un desenlace nefasto. La madre esperaba, de hecho, que el hijo se despertara para poder tomarlo en brazos e ir a abrir la puerta «con su protección».

Mi niño dormía tranquilamente. Hasta ese momento [los vecinos de casa], no han llamado a la policía y los bomberos [...]. [Los bomberos] han dicho

¿por qué no has abierto la puerta? Yo estaba esperando que mi niño se levantara tranquilamente así también yo estoy cubierta con la protección de mi niño porque no sé qué quieren. [Luego] me tomaron a mi niño. (Yetunde, entrevista, Turín, 11 de mayo de 2015)

La sentencia, escrita muchos años después del incidente, dejaba poco espacio a otra imaginación, a otra historia, y establecía que:

[El alejamiento en 2008 del menor había sido] el éxito de la intervención efectuada por la policía del Estado y los bomberos en la habitación de la progenitora, que se había negado a abrir a los interventores, que había amenazado con tirarse por el balcón y había empuñado una barra metálica, y que fue finalmente admitida en un servicio psiquiátrico (diagnóstico al ingreso: agitación psicomotora con graves perturbaciones comportamentales en trastorno antisocial de personalidad sin capacidad crítica) luego del tratamiento sanitario obligatorio dispuesto. (Yetunde, Archivo F. I., fascículo jurídico, sentencia de 2013)

El Tribunal decidió darle seguimiento al proceso de adopción del menor, asegurando que la madre «ciertamente, no reconocía para nada las reglas más elementales que informan (por el contrario, deben debidamente informar) las normas comportamentales en el intercambio social y civil entre conciudadanos y vecinos». Desde hacía varios meses, la mujer tenía demasiados «fracasos» en casa y no había intervenido pronto para reparar la canilla rota que causaba la pérdida de agua, preocupándose poco por el riesgo de anegamiento del apartamento de abajo. La mujer, como se lee asimismo en el procesamiento, no estaba «inspirada en una maternidad consciente» y estaba afectada por un trastorno de personalidad que la llevaba a tener actitudes «reivindicativas para obtener ventaja».

La construcción de la imagen de la mujer negligente se agrega así a la de la madre abandonica, a través de un proceso escrito que legitima a los ojos del lector la *probada irrecuperabilidad* de la mujer de ser una madre responsable y consciente, dado que se encuentra afectada por un trastorno de personalidad psicótica y hace del hijo un objeto. Se consolida dentro

de este horizonte de sentido y de fuerza el estereotipo de una madre sin control, promiscua, excesivamente fértil, que tiene un hijo después de otro, sin cuidado alguno de construir una familia ni preocupación de tener a su lado un marido y padre de sus hijos: todas las características que ilustran las mujeres encontradas en el curso de la investigación (solas, jefas de hogar, con hijos de hombres diversos que no se preocupan de tener a su lado y dejan ir por su vía migratoria).

Las nigerianas que pude conocer responden plenamente a la imagen de la *antimadre* (Briggs y Mantini-Briggs, 2000), tanto como producto sociológico de una economía racial que las hace víctimas de trata o prostitutas, como *ejemplos de estado* de irresponsabilidad, de insensibilidad y daño para la vida de sus niños.

LAS RUTAS DE LAS DESIDENTIFICACIONES

En los aspectos jurídicos, sociales y sanitarios que les conciernen como madres, los saberes psicológicos y médicos, además de las intervenciones educativas cotidianas, piden a estas mujeres adherirse a una expectativa de parentalidad precisa. De hecho, se reduce cada una de sus formas de competencia de parentalidad: estas jóvenes madres devienen incapaces de criar responsablemente a sus hijos porque no logran «en un tiempo razonable» adherir a los modelos educativos (por tanto, culturales) propuestos.

Cuanto más pequeño es el menor, más urgente es llegar pronto y de forma unánime a un acuerdo respecto a la adopción. Es un contexto en el que emergen fuertes sensaciones, las vivencias, las peligrosas empatías, sin filtro. Los niños son «bellos, bellísimos»; las madres son «bestias» y «simios», como en el caso de Eniola, madre a la cual le serían alejadas las tres hijas.

Lo que se produce en el curso de las observaciones es una extrañeza creciente entre la mujer y sus hijos: los unos se esfuerzan por reconocer a la otra (y viceversa) a medida que se diluye el vínculo y se esfuman los momentos de encuentro. Los niños tienen para la madre un *body odor* que apesta a sudor porque las personas con quienes viven no saben limpiarlos bien ni cuidar como se debe su piel; hablan mal porque responden a los adultos cuando nada los autorizaría a tal insolencia; cambian

comportamientos, reglas, hábitos. Son bautizados o confirmados sin la opinión de las madres que, si bien es cierto que son cristianas, no son necesariamente todas católicas. Los hijos, si son pequeños, olvidan rápidamente a las madres, se duermen en sus brazos durante el encuentro o en el auto enseguida después, señal evidente, según los psicólogos a cargo de describir las relaciones, de toma de «distancia emotiva»; si son grandes, se limitan a confesar que como máximo las querrían cerca o incluso en la casa de los adoptantes junto a ellos, como diciendo que no querrían volver a las *casas nerviosas* y en la periferia, donde estaban antes, luego de que han experimentado el calor de casas serenas y acomodadas (no solo económicamente). Quien escribe sobre ellos —sobre las madres y sus hijos— sugiere introducir, a la una y los otros, en posteriores atenciones neuropsiquiátricas, psicológicas, pediátricas para evaluar el cuadro psíquico de los sujetos desde la «identidad múltiple» y ahora ya irreconciliable en virtud de la diferencia cultural que se ha instalado entre ellos.

En el caso de Eniola, uno de los abogados escribió que

Las hijas podrían [...] tener riesgo de desarrollar síntomas o trastornos vinculados a la incapacidad de la madre de garantizarles crecer en condiciones buenas y serenas en Italia, desde el momento que ella está todavía —no lo olvidemos— manifiestamente demasiado radicada en su cultura de origen. (Eniola, B. L., fascículo jurídico, memorias del abogado, 2012)

El elemento cultural emerge a veces manifiesto, a veces enmascarado bajo otras instancias consideradas por los psicólogos a cargo como más profundas y aculturales (afectivas, por ejemplo), como indicio de una diferencia radical entre padres e hijos. Estas madres *demasiado culturales* resultan incapaces de aculturarse *lo suficiente para* responder a necesidades-deseos de sus hijos italianos en detrimento de la ley, como si las necesidades y los deseos de estos últimos no fuesen rápidamente alimentados por las inéditas experiencias que realizan en los nuevos espacios de vida donde son insertados.

La modalidad para *liquidar* a las madres es hacerlas sujetos afectados de patología o disfunción psíquica.

El conflicto cultural es inevitable y una forma de evaluación debe resultar dominante. [...] La señora no parece haber sabido aculturarse y tal aspecto es un elemento disfuncional de la personalidad. (Victoria, V. T. Z., Archivo Centro Fanon, pericia del médico-cirujano profesor asociado en psicología, 2014; comentarios míos)

La señora es portadora de un trastorno psiquiátrico, *independiente de la proveniencia étnico-cultural*, denominado Trastorno de Personalidad de cluster B, en el cual están presentes elementos de tipo borderline y antisocial (Yetunde, F. I., Archivo Centro Fanon, pericia del médico-psiquiatra, 2009; comentarios míos)

UN MITO EN CUESTIÓN

Volvamos ahora a Edipo, un mito familiar tanto en el psicoanálisis como en las ciencias sociales. Para la antropóloga francesa Susanne Lallemand (1993), el mito de Edipo connota la «relación aberrante» de la circulación de los niños en Occidente.¹¹

Al tomar estas historias del lado del Edipo, de hecho, se puede entender un aspecto de la cuestión, que es atribuible a la forclusión del nombre de la madre. Por otra parte, el Edipo ha expresado siempre algo en torno al retorno de lo real de aquello que no ha sido jamás conocido (simbolizado).

Rita Laura Segato —antropóloga argentina autora en 2006 de *O Édipo brasileiro*¹²— en el análisis de la estructura familiar burguesa blanca en Brasil puso en evidencia el silencio total, también académico, en torno a la figura de la niñera afrodescendiente, hablando de una doble forclusión del nombre de la niñera pobre y negra. La forclusión a la cual asistimos con

11 Lallemand (1993) escribe: «Pour l'anthropologue intéressé par l'adoption, [l'Œdipe] peut ... être l'exemple manifeste d'une relation d'échange mal engagée, et la condamnation sans appel d'un mode de circulation enfantine séparant donateurs et récipiendaires : bref, il signe le naufrage humain qu'est l'adoption dite plénière [...]».

Elle donnait lieu, dans des sociétés où le mode de la communication avec l'autre passe par la connaissance de ses antécédents et la relation directe avec lui, à un rapport aberrant» (p. 7).

12 Una versión en español del texto es publicada en el trabajo *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos y una antropología por demanda* (Segato, 2013), con el título «El Edipo negro: Colonialidad y forclusión de género y raza».

los niños nigerianos dados en adopción por el Estado italiano y separados definitivamente de sus madres es doble pero inversa respecto al esquema propuesto por la familia brasileña. Tenemos aquí un niño nigeriano que será criado por una mujer italiana (que se volverá jurídicamente su madre) a condición de la forclusión del nombre de la madre nigeriana e inmigrante. La máquina burocrática actúa rápidamente para introducir una desidentificación definitiva entre una madre y sus hijos, acumulando diferencias (socioculturales, económicas, psicológicas pero incluso antes jurídicas) y acelerando aquellas que los psicoanalistas definen como negaciones.

Laura Segato, fuertemente influenciada en su análisis por el pensamiento en torno a la forclusión propuesto por Judith Butler, sostiene que la negación y el desconocimiento sobre el plano social y público de cada trazo de intimidad entre el recién nacido y la niñera negra es eso que ha hecho inaccesible al adulto brasileño de clase media a cualquier deseo de afecto, ternura y sobre todo familiaridad en torno al cuerpo materno negro. La autora concluye que el racista ciertamente ha amado y todavía ama a su niñera oscura, sin poder sin embargo reconocerla en su color (en su racialidad), tanto que si la viera aparecer inesperadamente en la cena, reivindicando con su sola presencia un vínculo de parentesco, su reacción no sería otra que virulenta. Estamos hablando de eso que no se puede nombrar porque no se reconoce ni como algo propio ni como algo del otro.

Sobre la forclusión todavía conviene detenerse un instante más para comprender el funcionamiento psíquico y social en el *caso italiano* que estoy tratando de analizar. Es definible en términos de una expulsión anticipada de la posibilidad misma de que un deseo pueda coagularse, como decir que el niño, incluso antes de haber deseado algo, se encuentra viviendo en el deseo anticipado y anticipadamente expulsado por parte de otros. *En suma, no se puede realmente amar a una madre así.* Ahora, en el caso del Edipo brasileño es la madre (blanca) cívica la que rompe la relación del hijo con la niñera negra —la expulsa, en cierto punto, de la relación de cuidado, y a veces también de la casa—; en el caso que intento aquí circunscribir, son las instituciones del Estado lo que debo mirar, así como las figuras que controlan la disolución del vínculo antes de que un niño pueda haberlo deseado. En las prácticas de adopción del pasado, el abandono del progenitor debía ser querido, declarado a través de la firma de documentos o acreditado

por funcionarios designados al cuidado del huérfano que físicamente no tenía un lugar que tomar. Hoy la introducción de la categoría de abandono moral hace decididamente poco transparentes los procedimientos, y es todo menos clara la identidad del sujeto que desea la adopción.

Los *fantasmas*¹³ —o sea, las figuras adoptantes que toman el puesto materno— introducen con amor en la sociedad italiana a los niños, devenidos ya ciudadanos a título pleno gracias a la adopción nacional. Las madres biológicas caerán, por el contrario, en el olvido de las relaciones inútiles. Resta preguntarse qué quedará de todo esto en el *psiquismo* diaspórico africano, el cual intento explorar aquí, al menos del lado materno.

Entre las mujeres conocidas que no han visto a sus hijos retornar a casa, puedo decir que habitan las casas populares de la periferia o, en el mejor de los casos, viven en alguna tienda ocupada o son recibidas en alguna comunidad terapéutica para pacientes psiquiátricos; algunas de ellas van incluso a caballo (de acuerdo con la vanguardia rehabilitadora de la *pet-therapy*). Todas están a la espera de que sus hijos retornen, algunas trabajando en el tejido y entretejiendo colores que no lastiman a nadie. Retratos de mujeres que, como la Baby Suggs de Toni Morrison en *Beloved* (1993), reflejan con esto lo que hay todavía de inofensivo en este mundo.¹⁴

Cuanto más se erosiona el vínculo biológico entre la madre y los hijos, hasta ser forcluido, más prolifera en el plano imaginario materno un entramado de contrapoder, o quizás sería mejor decir de un poder marginal que les permite sobrevivir a pesar de todo. Muchas de ellas —creo que no por casualidad— se repiten «la vida continúa». He reflexionado mucho sobre la expresión de este deseo de vida, del deber de seguir adelante.

13 Esta es la palabra usada por Yetunde durante el coloquio clínico en referencia a los padres al cuidado de su última hija en la fase de preadopción. Estos *otros* invisibles —ya que no tenía ella ningún derecho de encontrarlos, saber dónde habitaban o cómo eran— para ella eran verdaderos fantasmas.

14 Baby Suggs dice en cierto momento de la novela que quiere quedarse quieta en un cama a reflexionar sobre eso que es inocuo en el mundo. Cuando Sethe le pregunta de qué está hablando («por aquí no hay nada de inofensivo»), Baby Suggs advierte el azul («no le hace daño a nadie»); y tampoco le hace daño a nadie el amarillo (Morrison, 1993, p. 150). Por tanto, son los colores eso inocuo que resta en la vida. Una de las mujeres nigerianas seguidas junto con Roberto Beneduce pasa su tiempo tejiendo, produciendo mantas y vestidos en los cuales los colores se entrelazan el uno con el otro, sin solución de continuidad.

En esta economía fantasmática del discurso materno negro —¿pero que raza de madre eres?—, el exceso de melanina se vuelve maldición, en un sentido y en su opuesto. Maldición porque la diferencia racial ha tomado, por así decirlo, a estos niños (dado que fueron creados por madres negras, africanas, negligentes, prostitutas y marginalizadas), pero maldición también porque no será menos virulenta la acción materna al reclamarlos y hacer suceder alguna cosa nefasta con aquellos que permitieron que la separación sucediera. Estamos en el reino de una acción política marginal (atribuible al poder de la palabra que maldice). Estas mujeres no son pasivas, no sucumben. Se reapropian de la estigmatización racial transformándola en su «ventaja» (un proceso de catacresis). Permanecen madres, permanecen madres africanas e insisten en su incidencia, seguras de que sus hijos las buscarán, una vez adultos, *en virtud de la raza, es decir, del color de su piel*.

Son mujeres que (re)hablan de *raza*. Son contrasemánticas morales de la migración, de las cuales emana una profunda descolonización de la maternidad a partir, casi paradójicamente, de un discurso que *racializa* a sus hijos. Son, de hecho, las sombras y el olor de la piel, en el cabello crespo, el color de los ojos... que recordarán a sus hijos, una vez adultos, haber sido traídos al mundo por una madre que no es la que los ha criado (la madre, por tanto, no es una). La pregunta no será, sin embargo, «¿quién es mi madre?», porque los hijos saben que solo puede ser una mujer negra quien los haya querido, deseado y traído al mundo. Según las madres, la pregunta que se harán los niños separados es, en realidad, «¿dónde está mi madre?», y responder significará buscarlas. En sus consecuencias, el escenario que estas mujeres imaginan es entonces diferente respecto de aquel sugerido por Segato para el Edipo brasileño: aquí la línea del color retorna en lo real como una invitación a actuar (a la búsqueda de la propia genealogía interrumpida).

Estos hijos volverán, sostienen con determinación. Esto es seguro porque la sangre es más espesa que el agua (*blood is thicker than water*). La sangre es eso que vincula a distancia y en la distancia. Se necesita entonces sobrevivir y estar ese día prontas al encuentro. Por esto es fundamental permanecer con vida en Italia.

YETUNDE [seudónimo]: Cada día pienso en volver a Nigeria, pero si volviera es como estar alejada de mis niños. La única cosa es esa. Porque

si me fuera de Italia, lo veo como si estuviera lejos de ellos. Yo los he querido mucho, yo nunca los he abandonado a mis hijos. [...]
Cuando salí de la comunidad donde estaba con mi niña, supe que mi madre faltaba. Mi niña lloró tanto ese día...

La muerte de mi madre cambió tantas cosas para mí, como si fueren otros ojos, fue desde aquel momento que entendí que cuando pierdes una mamá, la mamá que me trajo al mundo se ha ido, los ojos se han ido. Yo debo recomenzar todo desde el principio... Quizá sucedió así, que murió mi mamá, me han quitado el permiso de residencia, me han quitado los niños... ¿Cuántas cosas han sucedido? Todo, ¿entiendes? Es decir, como si ella se ha ido, como si fuera que se hubiera llevado todo. Yo debo recuperar todas estas cosas, pero no es una cosa así de fácil. Porque mi madre... es un personaje que me ha traído al mundo [...], fue una persona que he respetado mucho aun si yo no tuve esta posibilidad de alimentarla, de vestirla, de hacerle todo, pero para mí es así.

[Se detiene para hacer una pausa; frente a una nueva pregunta que la insta, pide esperar porque tiene otras cosas para agregar].

Era muy muy visible mi mamá [...]. Era un ojo más para mí que existía, no es que se pueda encontrar artificialmente, por eso yo hoy he intentado hacer mi vida bella, aun si no tengo dinero para sobrevivir, yo estoy intentando sobrevivir por mis hijos. Si logro ver las fotos de ellos, es una cosa más para los hijos, es muy importante. Por esto me despierto [...].

YO: ¿Me estás diciendo que tu madre te protegía desde lejos?

YETUNDE: Pero, claro, es siempre mi madre. Yo la he querido mucho, aunque no había una relación, dado que ella estaba en Nigeria. [...] Una madre protege a sus propios hijos, los quiere, incluso de lejos, incluso de cerca, incluso si está solo en una foto. Si tu quieres a tu hijo, incluso solo ver...

YO: ¿Todas las veces que miras la foto de tus hijos los estas protegiendo?

YETUNDE: Pero es obvio. Porque incluso si tú lo piensas, no es una cosa

negativa [...]. Porque una mamá, cuando va, va, no es que puede retornar. Cuando ha muerto, ha muerto. (Yetunde, F.I., entrevista, Centro Frantz Fanon, 11 de mayo de 2015)

Si aquí he intentado un análisis transindividual de la experiencia de la pérdida de los niños —«expulsados» de la vida de sus madres por parte de un poder que, una vez más en la historia, es percibido por aquellos que lo sufren distante y arbitrario— es para no cerrar en el registro psicopatológico estas existencias, incluso en la conciencia de que el costo psíquico para cada una de ellas ha sido enorme. Si es cierto que Edipo¹⁵ habla sobre el *niño perdido que retorna* para obsesionar a los adultos y afectarlos en nada menos que en su propio destino, prevenir la tragedia —engañar a los dioses o maldecir a los jueces— es posible con la condición de que las madres sepan mantener el vínculo en la distancia y estén prontas a «reconocer» *en la primera ocasión* al hijo o a la hija que retorna a casa, en la diáspora. ♦

15 El Edipo solo no basta, ni siquiera si lo traducimos como Edipo negro (Segato 2013) o africano (Ortigue y Ortigues, 1966). He anticipado que estos no son, como en el caso de Edipo o Moisés, nacimientos en el abandono. Para entender a fondo la relación de no-abandono de estas madres con sus hijos, debemos apelar a un mito nigeriano bien preciso: el del Ogbanje, o sea, del niño-espíritu que regresa para perturbar el vientre de su madre mediante un ciclo de nacimientos-muertes y renacimientos. La literatura sobre el mito del Ogbanje (o de otros nacimientos extraordinarios de niños-espíritus) es muy amplia. Para una síntesis, refiero a *Edipus et Ogbanje dans la migration nigériane: Une mythologie virulante de l'adoption et ses anticorps* (Taliani, 2018/en edición).

RESUMEN

Mis investigaciones ponen en tela de juicio los sistemas de adopción de los niños nacidos de padres que han inmigrado a Italia. Cuestionaré las formas de construcción de un «niño inmigrante adoptable» e intentaré al mismo tiempo reproducir el punto de vista de las madres que tienen que enfrentar estas separaciones inesperadas.

Estas mujeres, en la mayoría de los casos, nigerianas, resultan protegidas por el Estado en cuanto víctimas de las tratas, pero cuando se convierten en madres se las considera inadecuadas para ese rol porque no se las considera *suficientemente buenas* para ocuparse de sus hijos. Su acogida en los hogares madre-niño coincide con la necesidad de observarlas en sus relaciones cotidianas. Si los jueces —basándose en los informes redactados por los servicios sociales— consideran por eso que «no son motivadas por un sentimiento maternal responsable», ellas pierden el derecho de encontrarse con sus hijos, hasta la separación total. La ruptura de los lazos decidida por la figura de la adopción hace entonces de un niño africano nacido de una madre inmigrante un *sin padres* y un *producto del Estado*, mientras las madres vuelven a caer en las mazmorras de las relaciones inútiles y en el anonimato de los sin papeles.

Apoyándome en la literatura que cuestiona las relaciones entre migración, Estado y familia, analizaré el concepto de descolonización de la maternidad para entender cómo estos *pequeños sujetos* se convierten en italianos en virtud de la pérdida de su madre negra (en un proceso paralelo a lo que la antropóloga médica argentina Rita Laura Segato nomina «forclusión del nombre de la madre negra» en el caso del Edipo brasileño).

Descriptor: ABUSO | MITO | FILIACIÓN | INVESTIGACIÓN | INSTITUCIÓN | MIGRACIÓN
| DESAMPARO | ADOPCIÓN | VIOLENCIA | PODER | RELACIÓN MADRE-HIJO | RACISMO |
ANTROPOLOGÍA | MADRE | CULTURA

Candidato a descriptor: Testimonio

SUMMARY

My research work calls into question the adoption systems of children whose parents have migrated into Italy. I will challenge the forms of construction of a «migrant adoptable child» and at the same time I will try to reproduce the point of view of the mothers who have to face these unexpected separations.

These women, mostly Nigerian, end up being protected by the State in their condition of victims of sex trafficking, but when they become mothers, they are considered not suitable for that role because they are not considered *good enough* to take care of their children. Their hosting in mother-baby centres coincides with the need to observe them in their daily relationships. If the judges — based on the reports provided by the social services — consider that they are «not motivated by a responsible maternal feeling», they lose the right to see their children, until there is a complete separation. The rupture of the bonds determined by the figure of the adoption turns then an African child born of an immigrant mother into a *parentless* and a *product of the State*, while the mothers fall back into the dungeons of useless relationships and the anonymity of those without papers.

Supported by the literature that questions the relations between migration, the State and the family, I will analyze the concept of decolonization of maternity, in order to understand how these *small subjects* become Italian as a result of the loss of their black mother (in a process that is parallel to what the Argentinian medical anthropologist Rita Laura Segato calls «foreclosure of the name of the black mother» in the case of the Brazilian Oedipus).

Keywords: ABUSE / FILIATION / RESEARCH / INSTITUTION / MIGRATION / HELPLESSNESS / ADOPTION / VIOLENCE / POWER / MOTHER-SON RELATIONSHIP / RACISM / ANTHROPOLOGY / CULTURE

Candidate keyword: Testimony

BIBLIOGRAFÍA

- Bourdieu, P. (1999). *La miseria del mundo*. Barcelona: Akal.
- Briggs, C. y Mantini-Briggs, C. (2000). «Bad mothers» and the threat to civil society: Race, cultural reasoning, and the institutionalization of social inequality in a venezuelan infanticide trial. *Law & Social Inquiry*, 25 (2), 299-354.
- Lallemand, S. (1993). *La circulation des enfants en société traditionnelle, Prêt, don, échange*. París: L'Harmattan.
- Mbembe, A. (2016). *Crítica de la razón negra: Ensayo sobre el racismo contemporáneo*. Barcelona: Futuro Anterior.
- Morrison, T. (1993). *Beloved*. Madrid: Alianza.
- Segato, L. R. (2013). *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos y una antropología por demanda*. Buenos Aires: Prometeo.
- Taliani, S. (2012). Coercion, fetishes and suffering in the daily lives of young Nigerian women in Italy. *Africa*, 82(4), 579-608.
- (2016). Calembour de choses dans le vaudou italien: Corps-fétiche et principes d'inégalité devant les dieux. *Social Compass*, 63(2), 163-180.
- (2018). Edipus et Ogbanje dans la migration nigériane: Une mythologie virulente de l'adoption et ses anticorps. *Journal des Africanistes* (en edición).
- Williams, M. R. (1997). Living at the crossroads: Explorations in race, nationality, sexuality, and gender. En W. Lubiano (ed.), *The house that race built: Black Americans, U. S. Terrain* (pp. 136-156). Nueva York: Pantheon Books.